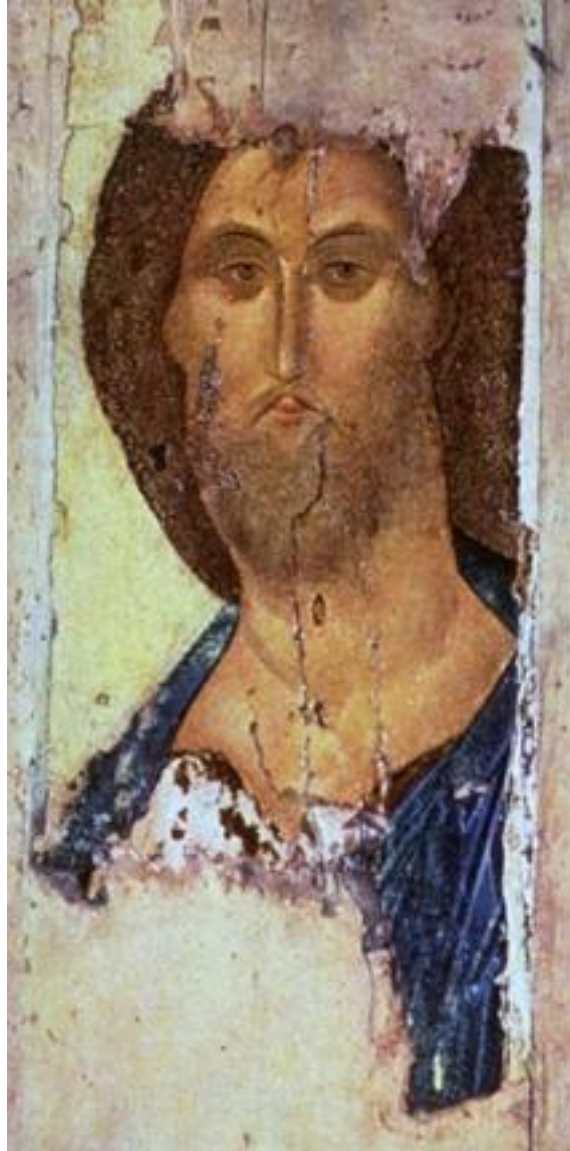


EL ROSTRO DE CRISTO



Ver a Cristo es ver a Dios y a toda la humanidad. Al contemplar el icono del Salvador de Zvenigorod, pintado por Rublev en el siglo XV, vemos, a la vez, una imagen dañada, un rostro humano muy tierno y unos ojos que penetran el Corazón de Dios y todo corazón humano.

El icono de hecho está bastante deteriorado -el mismo rostro de Cristo lo está-. Falta mucho pelo y parte de la frente.

Unas manchas oscuras desfiguran la boca, el manto y la túnica. La pintura del lado izquierdo casi ha desaparecido.

Este mismo hecho hace que el rostro de Cristo aparezca en medio de un gran caos, rodeado de destrucción. Su rostro nos contempla a través de las ruinas de nuestro mundo roto, desfigurado por el pecado personal y social, la violencia, la injusticia, el desamor, la opresión y la miseria.

Es el rostro de un Dios compasivo, que encarna su palabra de misericordia y que nos recuerda que somos imagen suya y nos llama a la conversión. Es el Cristo Reparador de brechas -el que viene (Is. 58,12) para traernos la paz, que nos recuerda la capacidad grande que tenemos de destruir- pero al mismo tiempo el poder infinitamente mayor de su amor, creador y reparador.

Si contemplamos más detenidamente el icono, vemos que poco a poco la imagen del Salvador empieza a dominar nuestra atención. El contorno estropeado, arruinado, va perdiendo importancia, pasa a segundo plano.

Se nota que el pintor ha sabido insinuar un movimiento, un gesto casi imperceptible en la imagen de Cristo. Los hombros y pecho están pintados con un ángulo de tres cuartos, mientras el rostro está de frente. Nos damos cuenta que Jesús se vuelve hacia nosotros, es como si fuese caminando y de repente nos ve, se vuelve hacia nosotros y nos mira... cara a cara.

Nos recuerda el encuentro entre Jesús y Pedro después que le había negado el apóstol: "... y el Señor se volvió y fijó la mirada en Pedro... Entonces Pedro se acordó" (Lc. 22).

Como a Pedro, nos viene bien que Él nos recuerde a veces nuestras promesas orgullosas, ingenuas y engreídas, nuestra incapacidad de cumplirlas, nuestra infidelidad y nuestra impotencia cuando estamos solos. Pero, también como Pedro, experimentamos un amor que no nos abandona, una compasión sin límites, un perdón que se nos ofrece sin cesar, que penetra hasta lo más íntimo de nuestro ser, iluminando nuestra debilidad y envolviéndonos en el amor de Cristo.

La imagen de Cristo en este icono de Rublev tiene una originalidad y belleza propias, pero también entra dentro de una tradición artística iconográfica con unos rasgos característicos. El pelo abundante, la frente alta, los ojos grandes y abiertos, la nariz larga, la boca pequeña con bigote, la barba redondeada, el rostro alargado y el cuello grueso. Los colores también son importantes y el mismo Rublev los utiliza siempre simbólicamente para revelar cualidades espirituales. Todos tienen una resonancia visual y armonizan con la ternura en el rostro de Cristo.

El color más llamativo es el azul del manto que cubre los hombros del Salvador; es el color que simboliza la humanidad, con la cual el verbo divino se vistió. Pero en este icono Rublev viste a su Cristo con un manto de azul más fuerte que todos los otros iconográficos. Parece que quiso acentuar de una manera muy especial la humanidad de Cristo. El manto con ese azul vivo resalta el rostro humano tan hermoso de Dios.

La gran mayoría de los iconos de Cristo, con sus expresiones severas, inspiran más bien reverencia, adoración y hasta temor. Pero el Cristo de Rublev desciende de su trono, se acerca extendiéndonos las manos y nos invita a ponernos de pie y mirarlo.

Su rostro, hermoso, abierto, inspira amor. Es Emmanuel -el Dios con nosotros-. Nos dice: "Soy yo. Tocadme..." (Lc. 24,39). Sentimos reverencia, pero una reverencia enriquecida por un gozo, una alegría profunda como la de los discípulos cuando reconocieron a su Señor resucitado.

Pero lo que más que nada convierte la contemplación de este icono en una experiencia espiritual muy honda son los OJOS del Salvador. Su mirada es profunda y hasta misteriosa. Nos mira con una mirada penetrante.

Sus ojos son grandes -abiertos- acentuados por unas cejas grandes y vivas y unas ojeras profundas y redondas. Sus ojos ven todo, pero sin juzgar. Son el centro del icono. Al contemplarlos nos surgen las palabras del salmista:

Señor, Tú me sondeas y me conoces;
sabes cuándo me siento y cuándo me levanto.
Tú conoces de lejos lo que pienso.
¿Adónde podré ir lejos de tu espíritu?
¿Adónde podré huir lejos de tu presencia? (Salmo 138,1-2-7)

Estas palabras no describen una omnipresencia que inspira temor, sino el cariño de alguien que nos comprende, nos cuida siempre y en todo lugar.

Bendice a Dios, alma mía,
alábalo, corazón,
y no olvides que el Señor
te ha llenado con sus bienes
y todo lo que tienes
es regalo de su amor. (Salmo 102, 1)

Los ojos del Salvador no son ni sentimentales ni juzgadores, no son duros ni severos, sino que son los ojos del Dios que nos ve en lo más escondido de nuestro ser y nos quiere con una misericordia divina. Son los ojos del hombre que tiene la fuerza física y la energía moral para renovar a todos los que lo necesitan.

Él perdona tus ofensas
y se olvida de tus culpas,
te rescata de la tumba,
su propia gracia te entrega
y por dentro te renueva
como el águila las plumas. (Salmo 102, 2)

Mirándole a los ojos lo sentimos muy cerca. Y esta misma mirada nos introduce en el corazón del misterio de la Encarnación.

Los ojos del Cristo de Rublev son los ojos del Hijo del Hombre y del Hijo del Apocalipsis, son llamas de fuego que penetran el misterio divino, son los ojos de Aquél cuyo rostro "brilla como el sol".

Son los ojos de Aquél que es "Luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero..."

Es la luz del nuevo día que brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la pueden vencer.

Pero los ojos de Cristo que contemplan el esplendor de la luz de Dios son los mismos ojos que ven la humillación del pueblo de Dios.

Los ojos de Jesús vieron a Simón, Andrés, Santiago, Felipe, Natanael y Mateo, y los llamaron a seguirlo.

Vieron a la Magdalena, la viuda de Naím, a los cojos, los leprosos, la muchedumbre hambrienta, y les ofrecieron curación y nueva vida. Vieron la

tristeza del joven rico, el miedo de los discípulos, la soledad de su madre al pie de la cruz. Vieron la higuera sin fruto, el templo profanado por la infidelidad de Jerusalén.

El que contempla sin cesar la bondad ilimitada de Dios entró en este mundo nuestro, lo vio roto por el pecado y se conmovió. Estos ojos que profundizan en el corazón de Dios vieron el sufrimiento en el corazón de su pueblo y lloraron. Los mismos ojos que siguen quemando como llamas de fuego, penetrando la intimidad de Dios, contienen también un mar de lágrimas por el dolor humano de todos los tiempos y todos los lugares.

Él sigue mirando nuestros pueblos, la multitud urgente de hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos, personas humanas concretas e irrepetibles que sufren el peso intolerable de la miseria, y se identifica con ellos.

Al contemplar este icono, en el rostro luminoso de Jesús vemos también los rostros de Cristo que sufre en su pueblo, aquí y ahora. Y se convierten para nosotras en tema de reflexión y opción pastoral.

- Rostros de niños que son pobres ya antes de nacer,
- de jóvenes desorientados y frustrados,
- de ancianos marginados de una sociedad que prescinde de las personas que no producen.
- Rostros de obreros mal retribuidos,
- de marginados urbanos, silenciosos testigos del lujo de la ciudad,
- de sub-empleados y desempleados sometidos a crisis de trabajo.
- Rostros de los indígenas y afro-americanos, los más pobres entre los pobres

Todos estos rostros son como iconos de carne y hueso que reflejan la pasión del Señor. Jesús al encarnarse ha tomado todo este sufrimiento humano, con sus raíces de pecado, sobre sus hombros. Ha redimido el pecado y ha desatado las fuerzas de la solidaridad y compasión.

Así, esta contemplación nos lleva al Corazón de Dios y al corazón de todo lo humano, donde se realiza "la transformación misericordiosa y salvadora del mundo".

Miramos su ternura, que nos llama a la comunión con Él en su vida y misión, nos invita a contemplar el mundo dañado, roto por el pecado. A través de sus ojos nos urge a proclamar la liberación del Evangelio y cooperar a la realización del hombre y la mujer nuevos en Cristo.

Nos llama, a cada Esclava, a seguirlo a Él: Jesús pobre, humilde, liberador.